

LA EVOLUCIÓN DE LA EDUCACIÓN EN INGLATERRA

M^a Dulce Sánchez-Blanco Celarain

Universidad de Murcia

La educación ha tenido como meta durante siglos librar a los niños de la Muerte o del dominio del Maligno. Los padres y los educadores han conducido a los pequeños a través de tormentos infernales creyendo llevarlos hacia el Edén.

Hoy podemos decir que, durante muchos siglos también, los niños han sido el “grupo de riesgo” más atacado de la humanidad. Explotados incluso por sus propios padres, caían (los que tenían esa “suerte”) en manos de rígidos maestros que, con las mejores intenciones, empleaban los métodos más atroces para llevar a sus desdichados pupilos por la senda de la Virtud y el Saber.

Vamos a intentar acercarnos a ese espinoso sendero de la infancia mediante los testimonios de la vida Inglesa y de su Literatura.

En la Edad Media las madres amamantaban tan orgullosamente a sus hijitos que la “degustación” del ama de cría o nodriza era un baldón que el recién nacido arrastraba toda su vida. (No olvidemos en nuestros pagos frases como “lo que has mamado”, la “mala leche”, o el despectivo “la leche que mamaste”). Después, el pequeño comía sopas de leche con pan y enseguida cerveza. Recordaremos que al final del siglo XIX en el biberón de la noche se añadía ginebra para facilitar el sueño. Pero no debe extrañarnos, ya que la costumbre en algunos lugares de España era dar al niño a chupar una muñequilla empapada en vino y azúcar con el mismo fin.

El hogar se componía de una choza con tejado de brezo, que protegía de la persistente lluvia; con una única habitación en la que se cocinaba y dormía. Los niños lo hacían en cestillos de junco –el bíblico Moisés– y más adelante en cunas de madera. Estas últimas se balanceaban e incluso se cubrían con capotas para protegerlas del frío.

Cuando el niño crecía dormía en el suelo junto con los demás familiares, costumbre normanda que duró siglos. Leemos en un antiguo poema gaélico “...dormí sobre un lecho de juncos...”. Estos lechos podían ser de paja y heno, que cubiertos con telas resultaban más confortables. Incluso se colocaban sobre tablas a modo de yacijas y en el siglo XV se usaban ya colchones de plumas, en las casas de los potentados. Existe un manual de Urbanidad del siglo XVII en el que se instruye a los niños para que no pierdan sus pertenencias entre la paja. Encontramos en este manual recomendaciones distintas para los varones, que deben tener cuidado con las plumas de escribir y para las niñas, que no deben extraviar su aguja de coser. (Tal vez provengas de aquí el famoso “buscar una aguja en un pajar”). Por la mañana los muchachos debían esparcir la paja como signo de buena educación.

El vestuario de los niños solía confeccionarse de hilo la ropa interior y de lana la exterior, que se hilaba y tejía en casa. Toda la ropa se confeccionaba en el hogar, y el “coser y cantar” era el murmullo cotidiano que el niño oía, además de las lullabies o canciones de

cuna y arrullos. Los mayorcitos usaban, independientemente de su sexo, enaguas y faldas hasta el suelo y una chambrita interior tricotada. Las polainas se llevaban a los seis años y encima un jersey largo a modo de túnica. En el cinto la bolsa con sus pertenencias, entre las que no podía faltar la navaja o cortaplumas. Las capas llevaban capucha puntiaguda como las que se siguen utilizando todavía. Había también guantes y chapines. Las niñas seguían con sus faldas largas.

La lana era parda, sin teñir; aunque los ricos la usaban blanca y las telas era rojas, azules y verdes. Los nobles vestían de oro y plata. Los libros de urbanidad aconsejan que el vestuario de los niños no lleve colores chillones ni fantasías, clara señal de que solían hacerlo. Como todas las tareas se hacían en la casa, o cerca, los niños pobres sabían ocuparse de los animales caseros, gallinas, cerdos, y cuidar la huerta, mientras los hijos de los ricos conocían la cetrería, sabían emplumar las flechas y disparar con arco, ayudar a vestir las armaduras y distinguían los colores y los escudos y adoraban los torneos.

En el living, cuarto único donde se vivía, se contaban todos los chismes del pueblo, se intercambiaban recetas, incluso se concertaban matrimonios, ya que las familias eran numerosas y las madres permanecían el día entero trabajando para todos juntos al fuego. El alimento solía ser harina, pescado en salazón, verduras, queso, avena, cuajada, coles y leche. (Quien esto escribe recuerda de su infancia en Marruecos que el maíz y el trigo se molían en la habitación común, mediante dos grandes piedras redondas, la de encima móvil, gracias a una rudimentaria asa de madera que se introducía en una oquedad de la piedra superior, y cuando no se usaba para machacar los granos, la inferior servía de mesa para amasar y cocinar; después, de mesa para comer, y así sucesivamente).

El régimen alimenticio para los ricos era menos saludable porque se componía de carnes, caza y pasteles fermentados. Pero las enfermedades eran comunes a todas las clases sociales: los catarros afectaban a los ojos y oídos infantiles, y otras muchas como el tifus, la lepra, la viruela y la peste, diezaban la población periódicamente. (Los cuentos del Decamerón no son más que divertimentos para alejarse de la peste y olvidarla; pero la Muerte estaba siempre presente junto a la Cuna).

En los tratados de urbanidad se aconseja a las madres que lloren discretamente a sus hijitos muertos. No olvidemos que la reina Catalina de Aragón tuvo diez hijos, de los que sólo vivió la princesa Mary. Aún en el siglo XIX, ninguno de los veinte hijos de Francisco de Goya sobrevivió al pintor.

Claro que existían remedios caseros para toda clase de dolor y enfermedad, pero la mayoría de las veces no curaban nada, ni aliviaban nada. Traemos a colación la frase “paños calientes” o “el remedio es peor que la enfermedad”), así una corona de poleo para el dolor de cabeza, o una sopa caliente para alejar los gusanos de los dientes. A veces, por suerte, se atinaba como en el caso de las infusiones de camomila o margarita, o la cebolla para el catarro. (Hoy día se siguen usando las perlas de cebolla y ajo para combatir el reuma y la artritis.) Se tomaban también baños calientes, con plantas hervidas, no como higiene, sino para provocar el sudor.

Desde muy jóvenes los niños conocían las plantas venenosas: belladona, setas, azafrán, tejo, y huían de ellas. Las primeras reglas de conducta se aprendían en la iglesia, donde acu-

día todo el pueblo a rezar y cantar en latín (o algo similar) y se instruía sobre el Cielo y el Infierno; los niños aprendían a arrodillarse, a quitarse los sombreros y a hacer reverencias. La mejor época del año era la Navidad. Había guirnaldas en las casas, se cruzaban regalos, se daban comilonas, se cantaban villancicos...

Si los niños cantaban bien tenían asegurada plaza en la Escuela de Niños de Coro. Aquí se les enseñaba a leer, escribir, los números y las cuentas, música, por supuesto, y latín y francés. Así, bien instruidos, podían ser maestros, clérigos, amanuenses y decoradores de misales y libros de oración. Los que tenían mala voz o mal oído se congregaban en las Escuelas de Gramática, odiadas por los chicos dada la crueldad de los castigos, que fueron empeorando con los años. Tuvo que llegar San Anselmo (siglo XI) y pedir a los maestros que fueran amables con los niños y no les pegaran para no convertirlos en bestias. Fue él quien acuñó la frase del platero “que no transforma su oro o su plata en una imagen bella con sólo dar golpes”. La divisa “la letra con sangre entra” se siguió cultivando hasta bien entrado el siglo XIX, y no sólo en Inglaterra.

Hay una salutación a los niños que dice:

“Dios te guarde hermoso
limpio, estrellita del día
/dulce prenda querida.”

Aunque estos buenos deseos no concuerdan con los consejos de los primeros “didactas” a las madres:

“Si tus hijos son rebeldes y no obedecen
si algunos hacen diabluras, no maldigas ni bufes.
Coge una buena vara y zúrrales de lo lindo,
hasta que pidan perdón y reconozcan la falta”.

Se suponía que el sometimiento era la base, casi el fin, de la educación, y de aquí nació el Puritanismo, el cultivo de las apariencias.

Entre todos los libros de Urbanidad que se escriben durante los siglos XIII, XIV, XV y XVI destacaremos el que se escribió para los niños de la corte de Eduardo IV. Es el *Babies's Booke*.

El libro prescribía buenos consejos, reglas de etiqueta para chicos mayores basados, como hemos visto, en el silencio y la inmovilidad. El antiguo proverbio reza: “Los modales hacen a los hombres”, y tal vez estas rígidas reglas moldearon el carácter inglés, su especial sentido del humor, su parquedad en el elogio y su cortesía.

Los niños ingleses aprendieron desde pequeños el idioma francés, la mayoría como rehenes en los castillos de los conquistadores normandos, y de aquí surgió la costumbre de enviar los niños a educarse a otros lugares. Así se evitaban los mimos exagerados y las contemplaciones excesivas de madres y niñeras. Recordemos que Montaigne dirá, tiempo después: “es absurdo tener a los niños siempre en brazos, mecidos y mimados, criándolos en el

regazo y bajo las miradas de sus padres, porque sus naturales desvelos y tierno cariño con frecuencia tornan los mejores niños en holgazanes remilgados y vulgares”.

Por esos mismos motivos las niñas debían también abandonar el hogar paterno y servir de damas de compañía a otras damitas en casas familiares o de amigos ricos. Aquí aprendían a bordar, a tocar instrumentos musicales, a cantar con elegancia, a fabricar perfumes, a hablar en francés, a cocinar compotas y, si tenían buena suerte, a encontrar un buen marido.

En cuanto a los muchachos, el hijo mayor de un noble tenía dos criados a su servicio personal y debía servir a su vez a otro noble de mayor categoría. Se establecía una cadena de servicios; los de rango inferior servían a los de nivel superior; hasta los príncipes lo hacían a los reyes. La etiqueta inglesa imponía que a la hora de comer se sirviese al señor doblando una rodilla en tierra.

Por lo que respecta al idioma, el Inglés había recuperado su papel primordial en la escuela. Los jóvenes de categoría sabían leer y escribir (en la época del escritor Chaucer, 1340-1400) e incluso había preceptores para enseñar a los pajes en los castillos y en las mansiones de los nobles.

En tiempos de Beda el Venerable ya había escuelas más o menos independientes de la Iglesia; otras eran privadas, pero tan competentes que el gobierno trató de impedir que los hijos de los siervos recibieran instrucción en ellas, y pudieran medrar apoyándose en la Iglesia. La verdadera razón era que ningún personaje noble quería tener que arrodillarse ante un obispo, hijo de su propio siervo.

La Peste Negra hizo que los labriegos emigraran a las ciudades buscando mejores jornales. Al mismo tiempo mató a tres cuartas partes de los clérigos, de modo que el obispo de Winchester (Lord Canciller del tesoro en 1382) creó la Escuela de Winchester, primera de las grandes escuelas para alumnos internos, y modelo de las demás. Se trataba de obtener una nueva remesa de clérigos educados. A juicio del obispo Wykeham “con el conocimiento de las letras se perfecciona el culto de la justicia y se aumenta la prosperidad humana”. En esta escuela existió, por primera vez en la historia inglesa, una reserva de diez plazas para alumnos “becarios”. Estos alumnos “pobres y necesitados” tenían derecho a ropa, comida y habitación gratis, mientras recibían educación; para entrar en la Escuela debían saber leer y escribir, gramática latina y canto llano, además de tener buen carácter y hábitos caballerosos. Más adelante entraban en un nuevo Colegio universitario de Oxford, fundado también por Wykeham. En él tenían preferencia los familiares del obispo, que donó para ello sábanas, mantas, muebles y ropa personal; además los alumnos debían vestir togas de colores adecuados a la seriedad de su profesión. El obispo reservó en Oxford plazas para hijos de nobles y diez plazas de total gratuidad. La fama del colegio aumentó tanto que en veinte años había más de cien alumnos internos de pago. Seis décadas después se funda el Colegio de Eton, con maestros del de Winchester. Siguen luego los de Shrewsbury, Harrow y Westminster.

A pesar de los avances, la mortalidad infantil continuaba. Dos de cada cinco niños morían en la crianza y un tercero poco después; en las clases populares la mortalidad era mucho mayor. Las ventanas de las viviendas tenían ya cristales, pero no se ventilaba, y surgió la influenza, o enfermedad del sudor. Aparecieron los Cuentos de Hadas con nuevos per-

sonajes, pequeños duendecillos que sirven de base a Shakespeare para el Puck de *El sueño de una noche de verano*.

No todo era tan inocente; al mismo tiempo se practicaban ritos satánicos; el más famoso, el asesinato en Lincoln, del niño Sir Hugh, popularizado en leyendas y por el que se ajustició a 18 judíos. Este hecho fue el que provocó la expulsión total de los judíos en 1290. Comparemos esto con la de 1492 de los mismos sucesos en España.

La hechicería siguió existiendo, como siempre, confundida con la enfermedad sagrada, la epilepsia, de modo que hubo que crear leyes contra la hechicería en 1542, 1546 y 1604. Estos casos, reales o no, traspasaron el ámbito cotidiano y entraron en la Literatura. Así surge la “Balada del Falso Caballero caminante”, en la que un niño engaña hábilmente al demonio.

En este momento (s. XVI) los hijos de familias acomodadas ya no deben abandonar sus hogares. Se les educa en casa con maestros privados, como pasa en la casa de Tomás Moro y en otras de nobles. Se enseña Literatura, se practican deportes y el tenis se convierte en marca de distinción. Hay competiciones deportivas donde antes hubo torneos.

Al inventarse la rueda para hilar las muchachas tienen más tiempo libre y pueden estudiar con sus hermanos varones el latín, francés, italiano, música y confeccionar “dechados” bordados en tela, con el nombre de la autora, abecedarios, dibujos, fechas...

Con la reforma, las escuelas de la Iglesia pasan a manos de los Protestantes o se cierran. Las que permanecen abiertas siguen con el estudio del Latín y se introduce el del Greigo. El Monasterio de los Franciscanos pasa a ser, primero, un Hospicio y luego escuela para chicos mayores, la del Christ’s Hospital, en la que había un Maestro de primeras letras, de Gramática, de Música...

Pero lo que había empezado como diversión se convirtió en tortura, con la llegada de la temible vara de abedul. El castigo corporal era obligado y algunos enseñantes, auténticos sayones. El humanista Roger Ascham creyó que éste no era el método adecuado y que no había que confundir la torpeza o lentitud del niño con la pereza, como suponían los maestros.

En época Isabelina encontramos el primer esbozo de Jardín de Infancia, en que los niños empiezan a conocer las letras con treinta meses, mediante dados de madera pintados; así los críos aprenden jugando. La influencia de Montaigne en esta época es enorme, al describir su propia infancia como feliz; el hecho de que nunca le hubieran pegado sorprendió en toda Europa y promovió la recomendación de suprimir de los castigos corporales. Hay dos modelos que se contraponen: el que describe Shakespeare en *Cuento de Invierno*, el niño mimado que parlotea sin cesar, vestido como un caballero en miniatura, y el del severísimo Lord Oliver Cromwell que no quedó satisfecho con la ejecución de Carlos I y recrudenció la prisión de sus hijos, de tierna edad, de modo que la niña enfermó de fiebre y la encontraron muerta por la mañana. Con el Puritanismo la vida de los niños empeora, como se ve por la carta que Sir Ralph Verney recibe en 1640 de su abuela, horrorizada por los comentarios que le llegan de la educación de su biznieto de tres años: “Que nadie le azote más que Mr. Parry (...) si empleas formas violentas con él serás el primero en lamentarlo, pues firmemente creo que redundará en daño suyo porque indudablemente Ralph es dema-

siado joven para ser tratado por la fuerza...Ten cuidado de que no asusten al niño de ninguna manera; es de naturaleza sencilla y dulce...”. En la misma época hay otro ejemplo muy distinto; se trata de un caso admirable de precocidad, ya que según John Evelyn, su hijito de dos años y medio sabía leer y pronunciar correctamente inglés, latín, francés y gótico. A los cinco años leía manuscritos, declinaba nombres y conjugaba verbos, incluso irregulares, traducía del inglés al latín y a la inversa; sabía relativos, verbos, sustantivos, escribía legiblemente y adoraba el griego. Leía a Esopo, conocía a Euclides, la Biblia... El niño murió tempranamente, en opinión de su padre ahogado por sus niñeras y criadas que ponían en su cuna demasiadas mantas en una habitación cerrada y junto a la chimenea, mientras le cantaban “lullabies” y baladas para dormir.

En cuanto a la enseñanza hay libros de moral, traducciones de Montaigne, de Cordelius y de Comenio (que mejoran los métodos de educación). Durante la restauración se publicó un alfabeto en forma de cuentecillos: “A fue un arquero que disparó contra una rana”, o versículos para los signos de puntuación: “Vi un pavo real de flamante cola, Vi una estrella en llamas que llovía granizo”; J. Bunyan escribe libros para distraer, el “Pilgrim’s Progress” y “La guerra santa”, y se traduce a Esopo.

De modo extraoficial, fuera de la rigidez puritana, los niños podían comprar a los buhoneros cualquier clase de libros Desde principios del XVII conocían literatura e historia a través de publicaciones que valían un penique. Para jugar había casas de muñecas, juegos de té en miniatura, muñecas, pelotas, cuerdas, peonzas y juegos de aros. Pese al aparente interés por la infancia, la restauración aumenta el libertinaje, las enfermedades sexuales, el alcoholismo en hombres y mujeres. El novio Mirabel exige a su prometida que no beba licores con sus amigas fingiendo que es té y que no se encorsete cuando está embarazada, oprimiendo así la cabecita del niño. Recordemos un triste dato; de los trece hijos que tuvo la reina Ana no sobrevivió ninguno. Durante los años siguientes los niños seguían muriendo antes de los dos años porque las madres no querían criarlos a pecho, y se criaban “a mano”. El doctor Sloane apunta que “en un trimestre, de 26 niños criados a pecho, cinco muertos; de 63 alimentados a mano, 34 muertos”.

El Hospicio se construye en 1748, por gentes de mente abierta, que reconocen que los hijos no son culpables de las faltas de sus padres. la tradición anterior era reconocer a los bastardos y generalmente hacerlos criar con los hijos legítimos, pero con el Puritanismo una mujer deshonrada intentaba acallar su vergüenza asesinando al niño; si el delito se conocía, se ahorcaba a la mujer. Estos hechos movieron al capitán Coram a crear el Hospicio, en el que invirtió una considerable fortuna, por lo que él mismo al final tuvo que vivir de la caridad pública. Pero la idea ya había calado en la opinión. El pintor Hogarth regaló su cuadro “La marcha a Finchley”; Haendel regaló el manuscrito original de “El Mesías”, lo que aumentó las suscripciones de los aristócratas. El doctor Sloane consiguió salvar las vidas de muchos hospicianos que, gracias a él aprendieron a leer y escribir, hacer cuentas y cantar; a los chicos se les daba un oficio y a las chicas se les enseñaba costura y labores.

Pero las diferencias de sistemas educativos continuaban. Hay el testimonio de la “rienda suelta” en la vida de Charles James Fox que, de niño, cabalgó en un carnero asado en cuya salsa chapoteó y de adulto fue jugador empedernido y borracho, célebre por sus vomitonas en el Parlamento; en la familia Wesley -modelo durante una centuria- los niños comí-

an frugalmente y al año se acostumbraban a llorar sin ruido y a temer la vara. Un Wesley introdujo la música de Bach en Inglaterra y un hijo suyo -ilegítimo, por cierto- fue director del Festival de los Tres Coros. La gente acomodada empieza a mandar a sus hijos al campo; así se crió Jane Austen, la autora de "Orgullo y prejuicio". Los colegios privados de señoritas ("Vanity Fair" de Thackeray) se convierten en escuelas de moda, con modistas, peinadoras, ayas y maestros; pero los chicos siguen igual con castigos severos y el apaleamiento como consigna educativa. En la revolución industrial a los niños, esclavos de las máquinas, les afeitan la cabeza y los visten de negro: "Cuando murió mi madre yo era muy joven y mi padre me vendió cuando mi lengua podía decir apenas ¡barre, barre, barre! Desde entonces limpio vuestras chimeneas y duermo sobre el hollín" (Blake)

Pero quienes empezaron a luchar contra esta explotación fueron posteriores: Shelley (1792), Keats, Kingsley y Dickens. Antes que ellos, en 1773 sólo el inventor del paraguas, Jonas Hanway, protestó por el empleo de "muchachos trepadores", pensando que se podían utilizar máquinas. Cien años después, todavía Lord Shaftesbury se quejó en el Parlamento de la muerte de un muchachito limpiador asfixiado en el tubo de una chimenea. Este trabajo empezaba a los cinco años y medio. Para obligar a los niños a trepar se quemaba paja bajo sus pies. Las rodillas y los codos les sangraban del roce con las paredes y se les endurecía con salmuera. Hacia 1860 el número de niños deshollinadores sube a su máximo. Se crea una escoba mecánica, pero los mismos patrones deshollinadores esparcen el hollín con ellas por las habitaciones para demostrar la eficacia de sus muchachitos gateadores (y de su negocio). Algo bien distinto del atractivo ballet de las escobas de Mary Poppins.

Por si esto fuera poco, con la industrialización los niños pasaron a ser esclavos de las fábricas y minas donde realizan los trabajos más denigrantes y peligrosos. Niños de tres, cinco, siete y diez años trabajaban doce horas y a veces día y noche sin parar en las minas, con agua hasta las rodillas y en completa soledad y oscuridad (Informe de la Comisión de trabajo de los niños, 1842). Las quejas de los filántropos consiguieron que lentamente mejoraran las condiciones de trabajo. El horario se redujo de 14 horas a 12 y luego a 10. En 1850 se excluyó de las minas a mujeres, niñas y varones menores de 10 años, pero los chicos siguieron limpiando chimeneas hasta 1875, en que se prohibió este durísimo trabajo gracias a la obra "Water Babies", de Kingsley.

La primera mitad del siglo XIX vivió un auge del Calvinismo con su idea de que el niño es malo por naturaleza y que los padres deben refrenar estas perversas pasiones con dureza. "The Fairchild Family" de la Sra Sherwood, nos presenta al piadoso padre musitando jaculatorias y pegando a sus hijos y obligándoles a contemplar a un ahorcado para que escarmenten en cabeza ajena.

Pero no todo es ficción; el padre de las Brontë quema los zapatos de sus hijos para que no sean vanidosos y les obliga a caminar descalzos. Este drástico método de educación llevó a la tumba a muchos de los niños. Una de ellas, Charlotte, reflejó esta situación en su novela Jane Eyre. años después, otra famosa novela, Oliver Twist, de Dickens, se decanta por los derechos de la infancia.

Parece una ironía el "Himno para las mentes infantiles" de Jane y Ann Taylor, serie de cuentos morales que comienza: "Agradezco a la Bondad y a la Gracia que me hayan sonreído al nacer, y en estos cristianos días me hayan hecho un niño inglés dichoso". Lecturas sin

lágrimas se publica en 1850, ya practicando las teorías de Rousseau, y se piensa que los niños son criaturas adorables. Hasta escritores ilustres deciden escribir canciones infantiles y cuentos: “Los tres osos” de Southey, “El rey del río dorado” de Ruskin, “La rosa y el anillo” de Thackeray, y “Alicia en el País de las Maravillas” y “A través del espejo”, de Lewis Carroll. Hay libros ilustrados y cuentos de hadas, árboles de navidad, cajitas de música, caballitos, teatros de juguete, dulces, fuegos de artificio, aros, combas, hasta veraneos en la playa...

Padre e hijo de Edmund Gosse nos narra una fiesta infantil a la que asiste de niño a pesar de que su padre era un puritano total. La enseñanza gratuita y obligatoria para los pobres se implanta en 1870, con lo que los niños en edad escolar no podían trabajar en las fábricas. En esta misma época aparece la primera Escuela de Párvulos “jardín de infancia”. Finalmente surge la “Sociedad Protectora de niños”, que llegó hasta los barrios pobres de la ciudad con enseñanzas variadas; finalmente el Estatuto de los Niños (1908) sacó a los chicos de las cárceles comunes y acabó con su explotación.

Dos asociaciones filantrópicas “Fundación del aire libre” y “Fundación para vacaciones en el campo” (1890) colaboran para que los niños pobres puedan gozar del campo y sus ventajas; con todo ello desaparecen las diferencias más visibles entre niños de diferentes clases sociales. Aun así el lenguaje sigue siendo una marca de origen; Bernard Shaw supo crear en su Pigmalión a una mujer que se transforma pasando de un acento Cockney a una dicción perfecta. Otro paso decisivo lo dan los comedores escolares donde los niños aprenden gramática, aritmética, geografía, historia, ciencias, música, gimnasia y trabajos como encuadernación, carpintería, jardinería, higiene y natación. Pero lo esencial es que todo esto se produce, al fin, sin usar el castigo corporal.

Empieza entonces una nueva división social: en los centros de segunda enseñanza, los Public Schools, se siguen manteniendo las costumbres ancestrales de la vara de fresno manejada por el prefecto, chico mayor del mismo entorno social (nobleza o burguesía), con lo que los niños de clases acomodadas sufren más que sus compañeros más humildes que no son azotados. De vez en cuando aún salta a los periódicos, y al Parlamento, la cuestión de los castigos corporales, que sigue teniendo sus partidarios.

Estimular el deseo de aprender sin recurrir a la vara es el fin de los recientes métodos de educación en Inglaterra, aunque sigue habiendo adultos que lamentan que no se eduque con más disciplina en la infancia.